

Y Núñez, acariciando la pistola que le regaló don Juan la noche del concierto, y que llevaba en el bolsillo, tomó, sin titubear, el rumbo de la casa de don Rafael.

Sabía que en ella estaba Leopoldo, y sospechó que se intentaba algo contra este último, en el momento en que saliese a la calle.

Ya ve, pues, el lector, que Núñez no había muerto, como lo imaginó Félix al oír en la nevería de Tlalpan, las señas que daban de un joven que se había encontrado asesinado en el callejón de Mecateros.

Lejos de eso, parecía que Dios velaba por la existencia de aquel joven, eligiéndole de instrumento para que triunfara la virtud.

El fué el mismo que el lector vió seguir a Duval y Willey, cuando éstos se dirigían a la casa de doña Anita, y quien, habiendo oído, oculto detrás de la puerta y escuchando por la cerradura, la conversación entre Duval y la mercachifle, corrió a ver a doña Cruz, de parte de su amiga, para que le entregase el cuaderno que suspendió la unión de Clotilde con Duval, presentándose en la capilla en el momento en que la joven iba a consumir su sacrificio.

Núñez, pues, había detenido el golpe que hubiera desgarrado el corazón de su amigo Leopoldo y emponzoñado la existencia de la mujer que amaba.

Duval disimuló, como hemos visto, su ira, y habló en secreto algunas palabras con Willey, quien desapareció al instante, y tras el cual también vimos salir a Núñez.

Suspendida de esta manera la ceremonia, Duval se dirigió a su casa maldiciendo su destino, y Clotilde penetraba en su lecho, presa de una terrible fiebre, originada por la terrible lucha de afectos que habían combatido su corazón en la capilla, y que alarmó sobremanera a la desventurada Inés.

## CAPITULO VIII

### Consecuencias del juego

Para caminar en nuestra historia con el orden y claridad que el escritor no puede prescindir de guardar por ningún motivo, y para enlazar los más ligeros detalles de manera que marchen unidos y eslabonados como partes

que concurren a formar el asunto, preciso es que retrocedamos algún tiempo en nuestra historia y nos traslademos al último día de la feria de Tlalpan.

El lector recordará la noche aquella en que Willey, impulsado por una pasión satánica y criminal, y después de bajar del ómnibus en que vino de Tlalpan, penetró en la casa de la hermosa Elisa, resuelto a alcanzar por la fuerza lo que no podría ser obra de la voluntad de la mujer que lo odiaba.

No habrá olvidado tampoco que, en el momento más crítico para la infeliz, en que no podía salvarse de su infame perseguidor, se presentó un hombre que, penetrando por la ventana del cuarto en que dormían Julia y Teresita, asió fuertemente al doctor por los brazos, quien, por estar de espaldas, no pudo ver a la persona que le sujetaba.

Elisa, como entonces dijimos, ignoraba quién fuese aquel hombre que detenía a su perseguidor, y temiendo fuera otro malvado, se dispuso a penetrar en el cuarto en que dormían sus inocentes hijas, cuando el ruido de la llave con que abrían la puerta la detuvo.

El hombre que tenía asido al doctor, preocupado por aquel ruido, dejó de sujetar al malvado, como entonces vimos, dando lugar a que éste huyese por la ventana, cuando se presentó en la pieza Diego, con el rostro desencajado, en descorden la ropa y el cabello, y cubierto de polvo y de sudor.

El esposo de Elisa, que acababa de perder en Tlalpan cuanto había ganado pocas horas antes, y que venía ciego de cólera, lanzó, como vimos entonces, una furiosa mirada sobre el hombre que al lado de su mujer se hallaba, y sacando un puñal se precipitó con él sobre el desconocido.

Un grito sordo se oyó en seguida, y tras él el ruido de un cuerpo que cayó en tierra.

A este punto llegábamos, cuando nos vimos obligados a ocuparnos de otros personajes, dejando pendiente la conclusión de aquella escena, de que ahora vamos a ocuparnos.

El hombre que se encontraba allí, y contra el que esgrimió el arma Diego, era... Núñez, que, habiendo ido a visitar a la preceptora Amalia, y oyendo, al salir, ruido extraño en la habitación de Elisa, penetró por la ventana sospechando alguna desgracia.

El que lanzó el grito y cayó al suelo, era Diego, que, trastornado su cerebro desde la última apuesta en que perdió todo cuanto tenía, y dominado por la cólera, se

vió acometido de una excitación nerviosa que le hizo caer sin sentido.

Núñez se apoderó del arma, la guardó en el bolsillo, corrió a levantarle, y desvaneció los recelos de Elisa, diciéndole quién era, y la casualidad que le había obligado a entrar, creyéndola amenazada de ladrones.

Elisa se tranquilizó y ambos pusieron todos los medios para que volviese de su parasismo Diego.

Este se estremeció de nuevo, abrió los ojos, dirigió una mirada extraviada, fija y espantosa a Núñez, y con acento terrible le preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy...

—Sí —le interrumpió Diego, incorporándose y sin darle acabar—; te conozco; tú eres el que me ha ganado en Tlalpan cuanto tenía..., una inmensa fortuna..., porque yo era ya rico... ¡Sí, bastante rico! Pero ahora me desquitaré..., porque vienes a jugar..., ¿no es verdad?

Elisa quedó aterrada al escuchar aquellas palabras.

Núñez comprendió que el cerebro de aquel hombre había sufrido una funesta alteración.

—Sí —continuó Diego, rechinando los dientes y apretando los puños—; yo te iba a matar, porque creí que no querías seguir jugando... Pero ahora soy tu amigo... ¡Jugaremos y te ganaré! Sí, te ganaré, porque es preciso que te gane para llevar a mi mujer lo que había separado para ella... ¿Conoces tú a mi mujer? ¡Es muy buena! ¡Sí, muy buena! ¡Yo le atormento mucho a la infeliz cuando pierdo; pero a pesar de eso la amo... y ella me perdona! ¡Pobre Elisa!

—¡Diego..., Diego! —exclamó anegada en llanto la desventurada esposa, y estrechándole la mano—. ¿Ya no me conoces? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué ha sucedido? ¡Cuéntame, cuéntame!

Diego clavó los ojos en Elisa, y le miró de hito en hito y con el mayor asombro, como tratando de reconocerla.

La desventurada esposa concibió alguna esperanza de que volviese de su enajenación mental.

—¿No me conoces, Diego? Mírame..., soy Elisa... ¡Tu desventurada esposa, que estaba cuidadosa de ti..., que te esperaba con ansia!

—Sí..., te conozco...; te conozco muy bien ahora—dijo Diego, como trayendo a la memoria una idea satisfactoria.

—¿De veras?—exclamó transportada de gozo aquella mu-

jer que olvidaba el abandono y las ofensas de su esposo, cuando le veía sufrir y padecer.

—Sí —repitió Diego—; tus facciones las tengo grabadas en mi mente: tú eres la mujer del hombre que me ha arruinado. De aquél por quien he perdido cuanto tenía... Pero, mírale..., aquí está...; voy a volver a jugar con él, y le ganaré.

Elisa lanzó un grito al ver desvanecida la esperanza que había concebido, y no pudo contener su llanto.

—Vamos, no hagas caso —dijo el esposo de aquella infeliz dirigiéndose a Núñez—; tu mujer llora como la mía, porque vas a jugar; ¡todas las mujeres lloran cuando sus maridos juegan!

—¿Y no es mejor que la consolemos y que dejemos el juego para otro día?—se atrevió a decirle Núñez, tocándole con cariño sobre el hombro.

—No..., porque mañana no vendrás.

—Te doy mi palabra.

—¿De veras?

—De veras.

—Júralo.

—Lo juro.

—Bien; esperaré; pero has de traer todo el dinero que me has ganado.

—Todo.

—¿Y no se opondrá tu mujer?

—No se opondrá.

—¿Y por qué no hemos de jugar ahora?

—Porque ya es tarde, y es preciso descansar para tener despejada la cabeza.

—Dices bien; a mí me pesa como si tuviese dentro de ella plomo. Marcha, pues, pronto; aquí te espero.

Núñez se levantó, pero no se atrevió a salir.

Temía dejar sola a aquella mujer con un hombre que en un arranque de locura podría atentar a su vida y a la de las inocentes criaturas que descansaban en el cuarto contiguo.

—¿Por qué no te vas?—gritó con impaciencia Diego viendo que Núñez permanecía quieto.

—¡Váyase usted, por Dios! —dijo Elisa—. ¡Nada temo; el cielo me acompañará! Le doy a usted las gracias por el trabajo que se ha dignado tomar, y nunca se borrará de mi pecho tan generosa acción.

—No he hecho más que cumplir con un deber de humanidad, señora; y me parece que para llenar cumplidamente

ese deber, aun debo permanecer aquí; pues dejar a usted sola sería exponerla a una desgracia.

—No, no lo crea usted; se ha calmado mucho... ¡Váyase usted!

—¿Por qué no obedeces a tu mujer? ¿No te dice que te vayas?

—Sí; pero yo temo que tú no me esperes—contestó Núñez, concibiendo una idea que creyó eficaz para alcanzar que Diego se entregase al descanso.

—Te doy mi palabra.

—No; no me voy, hasta no haberme asegurado de que no puedes salir; de que estás durmiendo. Entonces me iré para volver con mucho oro para jugar.

Diego se puso a pasear por la pieza con los ojos desencajados y a largos pasos, exclamando con regocijo:

—¡Mucho oro..., mucho oro! ¡Ah! Sí..., yo se lo ganaré...; voy a dormir para pensar después.

Y dominado por la idea de ganar, penetró en su cuarto, se arrojó vestido sobre el lecho, y poco después dormía profundamente.

Debilitado su cerebro a consecuencia de la herida que recibió en San Angel, y de su mal método de vida, había perdido el juicio con la última apuesta que le vimos hacer en la casa de juego de Tlalpan.

Recorrió aquel pueblo como un furioso; y no teniendo dinero para pagar el asiento en el carruaje, hizo el viaje a pie, llegando a Méjico, cubierto de polvo, de sudor y en extremo cansado.

Dominado por la fatal idea del juego, y proyectando la manera de «ganar siempre», se dirigió a su casa afanoso de adquirir algo para venderlo y poner su importe al azar de una carta.

Dueño de una llave que él tenía para entrar a cualquiera hora de la noche sin molestar a su esposa y a sus niñas, abrió la puerta en el instante en que nadie le esperaba, presentándose de la manera que le hemos visto, y dando lugar a que el doctor Willey se fugase por la ventana.

Como su cabeza estaba trastornada, aunque su primer movimiento fuese de celos, fácilmente después se confundieron sus ideas, y al volver de su accidente nervioso, sólo le representó su imaginación el objeto que más le había impresionado; el hombre que le había ganado lo que ya contaba como suyo.

—El cielo le ha traído a usted a mi casa, caballero —dijo Elisa a Núñez, viendo dormir tranquilamente a su esposo—.

El sueño tal vez le volverá la calma que ha huído de su corazón.

—Así lo espero.

—Sí, ya estoy tranquila, y puede usted retirarse con el convencimiento de que esta casa le pertenece a usted y que en el corazón de los que la habitan vivirá eterna la memoria de tan generosa acción.

Núñez se retiró, ofreciendo volver al siguiente día, y poco después se dirigía a su casa, pensando en la dolorosa escena que acababa de presenciar y en las terribles consecuencias del juego.

Elisa se acercó a su esposo, y al verlo profundamente dormido, se retiró al sitio en que estaban los dos ángeles de su amor; se puso de rodillas, oró un instante a Dios, y se sentó en una silla, junto a las inocentes criaturas, dispuesta a defenderlas a la menor señal de demencia que advirtiese en el desventurado Diego.

## CAPITULO IX

### La separación

Sentada en una pequeña y ordinaria silla de pino, y en medio de dos criaturas hermosas como dos radiantes estrellas, yace una hechicera mujer de humilde, pero limpio traje, abatida y sin consuelo.

Es Elisa.

En su apacible y celestial semblante se extiende dulcemente el suave tinte de la melancolía; de sus rasgados ojos se desprenden algunas lágrimas que trata de ocultar a los ángeles que le rodean, para no desgarrar sus sencillos y tiernos corazones.

Sin embargo, Julia y Teresita han sorprendido aquel llanto, y conmovidas se acercan cuanto les es dable, a su desventurada madre tratando de consolarla con sus caricias.

Las tres guardan el más profundo silencio, y dirigen, al menor ruido que escuchan, asustados sus ojos a la puerta de su alcoba, fuera de la cual se miran, y que se encuentra cerrada con llave.

De repente se oyó un grito y un golpe terrible, dado contra la cerradura, y las tres se abrazaron con espanto, y fijaron, temblando y con horror, la vista en la puerta.

—¡Miserables..., abran pronto!—gritó Diego con voz ronca desde adentro.

Elisa hizo un movimiento para levantarse; pero aquellas dos criaturas, en cuyos semblantes estaba pintado el terror, la detuvieron diciendo:

—¡No..., no, mamá...; no le abras...! ¡No le abras; porque nos mataría...!

—Sí; y os mataré, porque me habéis encerrado —exclamó dando una furiosa patada en el suelo, Diego, que se hallaba dentro de la alcoba.

Julia y Teresita volvieron a arrimarse a la afligida Elisa que temblaba como ellas.

—Ya lo oyes, mamá—dijeron, pálidas como un cadáver, las tímidas criaturas, sin apartar los espantados ojos de la puerta.

Y tenían motivo para estar dominadas por el miedo y el terror.

¿Por qué?

Vamos a decirlo.

Diego se había quedado profundamente dormido, después que Núñez, para no contrariarle en su delirio, le prometió que iría a jugar al día siguiente.

El lecho de Diego estaba en el mismo cuarto que el de sus inocentes hijas, que ignoraban la triste escena que había tenido lugar, y una cortina de indiana servía de pared divisoria.

Elisa, temiendo que su esposo se viese otra vez acometido de su ataque de enajenación mental, no se atrevió a acostarse, y se quedó sentada junto al lecho de sus hijas, velando el sueño de aquellos dos tiernos ángeles.

Así pasó toda la noche.

Era ya el amanecer, cuando oyó que Diego despertaba.

Elisa, inquieta y temerosa, y conteniendo la respiración, aplicó el oído y dirigió la vista hacia el sitio en que se encontraba el lecho de su esposo, y que, como hemos dicho, estaba velado por una cortina.

A poco oyó que su esposo pronunciaba a sus solas algunas palabras entre dientes, que no pudo comprender, pero que la alarmaron.

¿Habría recobrado la razón, o era presa aún de su enajenación mental?

Elisa se hallaba en esta incertidumbre.

De repente oyó que Diego se había levantado de la cama.

Esto le hizo fijar la vista con más afán en la cortina, con dirección al sitio en que estaba el lecho.

Sí, por desgracia.

Oyó pasos.

A poco todo quedó en silencio.

Pasado un instante, vió moverse poco a poco la cortina.

Elisa se estremeció y no apartaba los ojos de ella.

Estaba temblando.

Un sudor frío discurría por todos sus miembros.

De repente vió asomar una mano agarrando la cortina.

Después vió descorrerse ésta.

Y en seguida asomar la cabeza de Diego que, quieto, detrás de la cortina, y después de haber recorrido con la vista todo el cuarto, fijó los ojos, inyectados en sangre, en su esposa, de una manera terrible.

Elisa tembló de espanto.

En aquella mirada y en aquella actitud estaba leyendo el trastorno en que seguía la razón de Diego.

Este dejó asomar a sus labios una sonrisa irónica que hizo estremecer a la desgraciada Elisa.

A la sonrisa sucedió a poco la ira, que se retrató en su semblante.

Elisa temió por sus tiernas hijas, y se inclinó hacia ellas como para resguardarlas con su cuerpo, como cubre con sus alas a sus tiernos polluelos la tímida gallina a la presencia del sangriento gavilán.

Pero aquel acto de cariño maternal hizo estallar la rabia del desgraciado Diego.

Trastornada como estaba su razón, y preocupada con la idea de que le habían prometido volver a jugar, creyó que Elisa, a quien confundía con el que le había hecho la promesa, trataba de ocultar el dinero que él había perdido, y arrojando una exclamación espantosa, se lanzó sobre su esposa para apoderarse de lo que guardaba.

Elisa dió un grito, se puso de pie en el instante, y a las voces de «¡socorro!», dadas con el más intenso afán, despertaron asustadas Julia y Teresita de su tranquilo sueño, y al ver a su mamá de pie junto al lecho de ellas, impidiendo que se acercase Diego a maltratarlas, arrebatado por su locura, corrieron hacia la puerta que daba al patio, para abrirla.

Por fortuna, había amanecido ya, y a los gritos de la afligida madre, pudieron acudir algunos vecinos y el infatigable Núñez, que, cuidadoso de la situación crítica en que había dejado a Elisa, acudía en aquel momento a saber por la salud de Diego.

Este, al ver entrar a Núñez, se abalanzó sobre él con indecible furia.

Núñez necesitó de toda su fuerza y serenidad para resistir aquel ataque, y mientras auxiliado de algunas personas conseguía sujetar al desgraciado Diego, Elisa se retiraba a la pieza contigua con sus dos afligidas criaturas, que se asían a ella con la fuerza que da el temor de la niñez.

Núñez logró, al fin, dominar al frenético Diego, y dejándolo encerrado dentro de la pieza, manifestó a la atribulada esposa lo conveniente que sería conducir a la casa de dementes a aquel hombre si no quería exponer la vida de sus tiernas hijas y aun la suya propia.

Amalia, que también había acudido a las voces dadas por su amiga, apoyó esta idea con juiciosas reflexiones.

—¡Ah! No —exclamó Elisa—. ¡Yo no debo separarme del hombre a quien estoy unida...! ¡Mi obligación es cuidarlo..., velar por él a todas horas!

Pero estos nobles sentimientos fueron combatidos como infructuosos, estériles y aun perjudiciales en aquellas circunstancias.

Amalia le hizo comprender que en el reducido local que podían disponer, sin los recursos pecuniarios que son indispensables para atender a una larga enfermedad y proporcionar al enfermo los alimentos propios y las medicinas eficaces, nunca recobraría la razón su esposo; que en la casa destinada a los desgraciados que habían tenido la desdicha de perder el juicio, además de la sana ventilación y capacidad de ella, se encontraría asistido eficazmente por un excelente facultativo que estudiaría detenidamente su enfermedad; alimentado cual lo exigía su triste situación y vigilado siempre por los mozos del establecimiento, para que no atentase contra su propia vida.

Elisa contestó, dando por causal de su resistencia, el sentimiento de separarse del padre de sus hijas. Pero al fin, vencida por las juiciosas observaciones de su leal amiga, temerosa de la vida de sus tiernas criaturas y persuadida de que en el estado de pobreza que la rodeaba no podía proporcionarle ninguna de las cosas indispensables que influyesen al cobro de la razón perdida, accedió a los deseos de la amable preceptora, y Núñez partió en el mismo instante a practicar las diligencias necesarias para que fuese admitido Diego en el establecimiento destinado a los dementes, a donde se ofreció conducirlo él mismo dentro de un coche.

Elisa estrechó contra su pecho a Julia y Teresita, al considerarlas sin padre; y cuando Amalia se retiró a su habi-

tación, lo mismo que todos los vecinos que habían acudido a sus voces, se dejó caer en la ordinaria silla que ocupaba, ocultando el dolor del alma impreso en su semblante, y las lágrimas que brotaban del prensado corazón.

Pensaba que ya no tardarían en llegar por el hombre que fué en otro tiempo el encanto de su vida, su primer amor y su ventura, y esto la tenía inquieta, triste y sin consuelo. ¡Triste y deleznable humanidad! ¡Cómo se desvanecen tus risueñas ilusiones y tus dorados ensueños!

Aquella mujer que, al abrir por la primera vez al amor su sensitivo pecho, miraba en el dulce objeto que había hecho latir su corazón el principio de una felicidad sin guarismo, el bello ideal de imperecederas perfecciones, de interminable ternura, de cariño y de pasión; el adorado sér a cuyo lado se deslizaría su vida con la dulzura de la luz que resbala sobre el tranquilo lago; aquella mujer que esperó en la unión conyugal un paraíso en donde los años volarían en alas del placer con la suavidad con que las flores exhalan sus perfumes; que esperó beber en cada palabra de la persona amada un poema de amor, en cada caricia un cielo y en sus tiernas miradas las delicias de los ángeles; aquella mujer que en sus miríficos delirios amorosos deificara al hombre que le brindaba un oasis de eternal ventura; ahora, deshecha la encantada perspectiva que velaba la triste realidad, sólo descubre al severo desengaño complaciéndose en presentarle el negro fondo de lo cierto, en donde beba la amarga esencia de las cosas.

El implacable tiempo, con su aliento abrasador, ha marchitado las pintadas hojas de las flores, dejando sólo las punzantes espinas; el limpio cielo de la felicidad se ha velado de oscuras y borrascosas nubes, y bajo las seductoras formas de amante, se ha presentado un corazón ambicioso, sediento de oro, iracundo y despiadado.

¡Miserable condición humana!

Pone el hombre su cariño en las cosas perecederas del mundo que lo deslumbran, que lo fascinan; se desvela, se afana por adquirirlas, halagado por la seductora apariencia, y cuando las posee, cuando es dueño de ellas y las examina..., entonces se admira y se avergüenza de haber tributado su admiración a un bello fantasma sin mérito real y positivo.

Pensar en la perfectibilidad de los seres humanos, es un dulce delirio, una ilusión, un sueño; y el hombre o la mujer que hace del sér amado un ángel celestial, no son más que unos ilusos soñadores que palparán su insensatez al entrar en el terreno del análisis y despertar a la realidad.

Elisa había soñado, como sueñan todos en la juventud; pero su sueño había durado un instante.

Sin embargo, aunque fué sensible para su alma el terrible desengaño, y donde esperó encontrar un fiel apreciador de su acendrado cariño, sólo encontró un desgraciado fanático por el juego; no por esto dejó de creerse feliz a su lado.

Había visto, es cierto, cubrirse de punzantes zarzas y de maleza el delicioso oasis en que juzgó vivir eternamente; pero aun conservaba de aquel oasis dos bellísimas flores que embalsamaban su vida, que la inundaban de placer, que la hacían feliz.

Estas dos flores eran Julia y Teresita. ¿Cómo no amar, pues, al sér a quien debían su existencia?

Sí; Elisa no podía olvidar las deliciosas horas que había pasado al lado de aquel hombre antes de que la funesta pasión al juego hubiese ido a interrumpir su felicidad. Traía a la memoria aquella época feliz de la vida en que tierno y amoroso, galante y deferente, estudiaba la manera de satisfacer sus más ligeros deseos, de agradaarla siempre.

¡Ambos entonces se habían jurado un amor eterno...: no separarse jamás! ¡Y, sin embargo, ella lo alejaba de su casa!

Elisa se acusaba a sí misma de cruel y desnaturalizada, por haber accedido al parecer de los que le habían aconsejado que entregase a su esposo al cuidado de manos mercenarias, y se proponía no separarse de él ni que le sacasen de su casa, aun cuando tuviese que constituirse en su cuidadora y esclava.

—¡No; no le abandonaré en su desgracia! ¡La que disfrutó de sus beneficios cuando le sonreía la fortuna, debe participar de su desgracia en la adversidad!—se decía interiormente.

Pero este noble propósito venía por tierra cada vez que un grito o un golpe de furor se escuchaban en la puerta de la alcoba, haciéndola estremecer.

Entonces temblaba por la vida de sus adoradas hijas, las estrechaba contra su pecho y se resolvía al sacrificio de que alejasen de su lado a su desgraciado esposo.

—¡Huyamos, mamá!—dijo asustada Teresita, viendo que los golpes se repetían, amenazando tirar al suelo la puerta.— ¡Huyamos a casa de nuestra preceptora!

—¡No tengáis miedo, hijas mías...; estad aquí; no dejemos solo a vuestro desdichado padre!

Y Elisa se enjugó una lágrima.

—¡No; tienes razón! ¡No le debemos dejar ahora que pa-

dece! ¡Perdóname, mamá, si el miedo me hizo proferir esa palabra!

—¿Y por qué se encuentra en ese estado, madre mía?—preguntó Julia con el candor de la niñez.

—¡Porque la miseria ha extraviado su corazón..., porque en vez de poderos proporcionar el regalo y la abundancia, ha perdido cuanto poseía!

—¡Ah! ¡Es por nosotras! ¡Porque nos ama! ¡Porque pretendía vernos felices y contentas!—dijo Teresita.— ¡Pobre padre mío! ¡Cuán digno es de nuestro amor y de nuestra compasión!

—Sí, Teresita, es vuestro padre; y aunque no reconociese su delirio (origen tan noble, debíais quererlo y compadecerlo, como lo quiero y compadezco yo!

—¡Siempre..., siempre, madre mía!

Y las tiernas criaturas enlazaron con sus torneados brazos el lindo cuello de su mamá, formando las tres un grupo seductor.

En aquel momento se escuchó el ruido de un carruaje que se aproximaba.

Elisa separó dulcemente su cuello de los redondos brazos de sus cariñosas hijas, y aplicó sobresaltada el oído.

El coche se detuvo de repente en la puerta del zaguán.

Elisa se estremeció y se puso pálida, como si la sangre se le hubiese coagulado en las venas.

—¿Qué tienes, mamá?—le dijo Julia, notando su sobresalto y palidez.

—¡Nada...! ¡Nada!—contestó levantándose la desdichada esposa.— ¡Vienen ya por vuestro padre...!

—¡Por él...! ¿Y quién?

—Un amigo...; el hombre que llegó a defendernos esta mañana..., el señor Núñez.

—¿Y a dónde quiere llevarlo?

—A... a...

Y Elisa no tuvo valor para pronunciar el nombre del hospital.

—¿Fuera de México? ¿Al campo?

—Sí..., hijas mías, a un sitio donde podrá recobrar la razón para volver a vuestro lado a vivir tranquilo, a no pensar más que en vosotras..., en su familia.

—Y en ti..., ¿no es verdad, mamá? ¡Ah! ¡Qué dichosas seremos entonces!

Y las dos tiernas niñas besaron la mano de su afligida madre, humedeciéndola con sus angélicas lágrimas.

Núñez se presentó en aquel instante por Diego, y poco

después llegó Amalia para acompañar y consolar a su desdichada amiga.

Núñez se acercó a la puerta y dió un golpe en ella.

—¿Quién es?—respondió Diego desde adentro, con acento brusco y espantoso.

—Yo —contestó Núñez—; el que te ganó ayer, y viene, como quedó dicho, a ver si quieres ir a jugar con él.

—¿Y por qué me has encerrado aquí, miserable?—exclamó apretando los dientes y rechinándolos con fuerza.

—Para que no te marcharas sin esperarme.

—¡Ah! ¿Conque lo hiciste por eso?—preguntó más tranquilo Diego.

—Por eso precisamente. Dime, pues, si estás de humor de venir conmigo a una casa de juego donde tengo todo el oro que te gané y mucho más.

—Estoy dispuesto; pero abre.

Elisa y sus dos niñas temblaron al ver que Núñez se disponía a abrir la puerta.

—Nada teman ustedes; la creencia de que va a jugar ha calmado su furia, y ya sólo piensa en el juego.

Al concluir estas palabras, dió vuelta a la llave, y se presentó Diego, lívido, desgarrada la ropa, y mirando con espanto a todas partes.

Núñez le tendió la mano, y manifestando una alegría intensa por haberlo encontrado, le dijo:

—Ya ves que he cumplido con mi palabra, y vengo a buscarte para que marchemos a jugar.

—Sí; veo que eres hombre de pundonor. ¿Y cuánto oro tiene la casa a donde me llevas?

—Tres mil onzas.

—¡Tres mil onzas! —exclamó Diego sonriendo de placer—.

¡Ah! Las ganaré..., sí; las ganaré para traérselas a mi mujer..., a mis hijas... Vamos.

Elisa no pudo contener un suspiro que oprimía su corazón.

Las dos tiernas criaturas, al escucharlas, prorrumpieron en llanto.

Diego volvió la cara y, como si hubiese recobrado el conocimiento y la razón, se acercó a su esposa, y tomándole con cariño una mano, le dijo:

—¡No llores, vida mía! Ahora voy a ganar..., sí; a ganar para ti.

Y abrazando a Julia y a Teresita, añadió:

—¡Adiós, hijas mías..., adiós! No aflijáis a vuestra pobre madre con vuestros sollozos... Pronto volveré lleno de ri-

quezas, para que seáis vosotras y ella tan felices como merecéis.

Y dándoles un beso en la frente, se apoyó en el brazo de Núñez y salió diciendo:

—Vamos a jugar.

Núñez envió una mirada compasiva a los seres que quedaban envueltos en el dolor.

Poco después se escuchaba rodar el coche.

Elisa exhaló un grito desgarrador.

Julia y Teresita corrieron a abrazarla; y Amalia cayó de rodillas, pidiendo a Dios por el consuelo de aquella desolada familia.

## CAPITULO X

### Proyectos de muerte

Era pocas horas después de la escena de la capilla.

Duval se paseaba inquieto y a largos pasos por su cuarto.

Tan pronto se dejaba caer sobre una silla, llevando la mano a la frente y fijando sus ojos en el suelo, como se levantaba y recorría la estancia con una agitación violenta.

La luz de un quinqué, colocado en una mesa rinconera, enviaba su claridad por todos los ángulos de la pieza, bañando el severo rostro del personaje que nos ocupa, en que estaban pintados el odio, el temor, la inquietud y la desesperación.

Al cruzar la pieza de un extremo a otro, se detenía con frecuencia, como dominado de un terrible pensamiento; arrugaba el entrecejo, exhalaba un gemido, apretaba los puños fuertemente y levantaba los ojos al cielo en actitud de ira y desesperación.

Parecía uno de esos hombres que, encenagados en el vicio y los crímenes, luchan a sus solas con el remordimiento, tratando de arrojar de su corazón el noble sentimiento de la conciencia que, como acusador inexorable, se les presenta a todas horas para acibarar sus inicuos placeres.

Había encomendado al doctor, como hemos visto en otro capítulo, algún asunto de importancia que le comunicó en voz baja en la capilla, y que Willey salió ofreciendo desempeñarlo fielmente.

¿Y aquel asunto sería acaso de muerte? ¿Había mandado